

— 16 —

Id, pues; pero prestadme
Un punto vuestro libro,
Que en él dejarla quiero
Señal del amor mío.
Mil besos dadla en tanto,
Y mil abrazos, niños;
Y que tambien me gustan
Decidla, sus racimos.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.



CONSEJOS

A LAS SEÑORITAS.



DAR consejos es cosa fácil, pero darlos con tino es muy difícil. Nosotros nos aventuramos á esto en obsequio del bello secso, de cuya suerte depende tambien muchas veces la de los hombres. Las madres forman por lo comun el corazon de los hijos, y éstos conservan para toda su vida las impresiones de virtud y de órden que reciben en su niñez. Si á todos los maridos tocase una buena esposa, y á todos los hombres una buena madre, las casas serían felices, las familias dichosas, los hombres en mayor edad arreglados, y la sociedad escelente. ¡Oh mugeres, conoced vuestra mision en el mundo, y haced buen uso de ella!

Nada dirémos sobre la importancia de la religion: ella es tal, que no se puede concebir una muger perfecta sin un fondo inmenso de piedad. Si alguna careciera de religion, se-

ria un monstruo. Por fortuna esto en nuestra república es desconocido: el secso femenino merece perfectamente en ella el título de piadoso.

La compasion para con los pobres es otra de las prendas mas eminentes en un corazon destinado por el Criador para endulzar las amarguras de la vida. La religion, que sacó á la muger de la abyeccion en que vivía bajo la gentilidad, le impone la obligacion de ser dulce, benéfica y caritativa. ¡Qué consoladora es su presencia en la casa del desgraciado! ¡Qué interesantes sus cuidados en el lecho del desvalido! ¡Qué dulces sus lágrimas y qué preciosas sus limosnas en favor de los infelices! Una muger que obra de esta manera, es un ángel sobre la tierra, es la personificacion mas hermosa de la virtud, es por último el encanto, las delicias y la gloria del género humano.

Formado el carácter moral de una señorita con la religion y la virtud, debe adornar su entendimiento con algunos conocimientos, que aún cuando no sean profundos, sean útiles. Debe huir de dos extremos igualmente desagradables, y son, el de una ignorancia grosera, y el de una vana ostentacion de su saber. Aquel proviene de no saber nada, y este de saber mal, acompañado de un indiscreto deseo de lucir. Una señorita instruida en las primeras letras, con nociones de aritmética, de geografía, de historia y de algun idioma vivo, con una conversacion fácil y una modestia genial, encanta á cuantos la tratan, estimándola á proporcion que ella se manifiesta mas sencilla y con menos pretensiones.

Dos reglas deben observar las jóvenes en la conversacion para hacerse agradables, y son, la amabi-

lidad y la modestia: una y otra se favorecen y realzan mutuamente. Una niña dotada de amabilidad y llena de cortesanía, se hace amar de cuantos la ven, así como un trato áspero no es propio nunca para atraer simpatías. Un aire de superioridad ó de altanería, es el que peor sienta á una muger. El esquivar la sociedad, el huir de ella, es indicio de rusticidad. Lope de Vega pinta con gracia lo que es una jóven bien educada, diciendo:

Críose hermosa, cuanto ser podía
En la primera edad, belleza humana,
Porque cuando ha de ser alegre el día
Ya tiene sus albricias la mañana:
Aprendió *gentileza y cortesía*,
No soberbio desden, no pompa vana:
Venciendo con prudente compostura
La arrogancia que engendra la hermosura.

La música es uno de los adornos mas preciosos del bello secso. ¡Qué espresion tienen los acentos del piano cuando es una muger la que lo hace producir sus armonías! Entónces la música ejerce todo su imperio sobre los corazones de las personas que la escuchan. Pero para conseguir todos los triunfos de que la música es capaz, debe la señorita dedicada á ella, huir de toda afectacion, obrar con suma sencillez, y ejecutar con claridad, con limpieza y espresion. No vale la música por lo estrepitoso de sus sonidos ó lo complicado de su ejecucion, sino por las impresiones ya alegres, ya tristes, ya melancólicas que deja en el alma. Otro tanto sucede con

el canto: si no se percibe con claridad la letra, si no espresa la que canta, los sentimientos que el autor quiso encerrar en sus versos, poco ó nada sirve una buena voz. No es el acento humano vago como el gorgojo de las aves, sino la espresion de las pasiones del alma por medio del idioma, unido á la melodía de la música.

No recomendaremos á una señorita el aseo, porque sería ofenderla: circunstancia es esta, sin la cual se deslucen las mejores prendas. La limpieza y curiosidad en el vestido, son indicios del esmero y cuidado en cosas de mayor importancia. La sencillez se hermana muy bien con el gusto, y ambos con la decencia.

El orden y cuidado doméstico, depende esclusivamente de la muger á quien está confiado. Ella es una soberana dentro de su casa, á quien todos obedecen, y aún el padre ó marido, mas bien que imponer en ella sus preceptos, se ciñen á recibir los obsequios que se les tributan. ¿Está bien gobernada una casa? consiste en que se sigue este método. ¿Está desordenada y en abandono? proviene, ó de que el marido interviene en lo que inmediatamente no le compete, ó de que la muger es descuidada.

Para arreglar una familia debidamente, es necesario ante todo establecer un orden exacto en las cosas pertenecientes á ella. Sin orden no hay armonía, no hay paz ni contento; todo es malestar, inquietud y desconcierto.

A los ánimos indolentes y perezosos pare-

ce el orden insoportable; pero es porque no han probado sus ventajas, ni experimentado sus benéficos resultados. El es hermano de la diligencia, y ambos preparan la felicidad de la vida.

El orden doméstico descansa en tres principios ó máximas que convendrá tenga siempre presentes una persona encargada de ponerlo en práctica. El primero es dar á cada persona de las que componen la familia, la ocupación que le corresponde, y hacer que precisamente desempeñe sus tareas. Tolerar á un ocioso es hacer muchos ociosos, porque el mal ejemplo de uno contagia á los demas. El segundo es hacer que cada cosa se ejecute á su tiempo, y de esta manera se logrará que lo haya sobrado para todo. Cuando las cosas se precipitan salen malas, y cuando se procede á ellas con calma y serenidad resultan buenas: la festinacion y el aturdimiento son los mayores enemigos del acierto. La práctica de estos dos principios es obra de la discrecion y de la prudencia: aquella enseña á separar ó discernir lo conveniente de lo que no lo es, y esta á prever los resultados de las cosas, atemperándose á lo que ellas y las personas puedan dar de sí sin estorsion y sin violencia. El tercero consiste en hacer que todas las cosas que se emplean en el servicio individual ó comun de la familia, estén siempre en su lugar y que apenas sirvan para lo que se les destina cuando

vuelvan á ponerse en él. Es increíble lo que solo esta regla ha contribuido á mantener el órden en las operaciones de una casa ó establecimiento, á conservar los objetos en buen estado, á hacerlos servir al provecho de todos, y á conservar el aseo, gusto y ornato del edificio en que vive la familia.

Hubo un tiempo, gracias á nuestros dominadores, en que se tenía en México por sumamente feliz á la muger que nada hacía en su casa, y que entregada al ocio pasaba los dias y los años en la inaccion y en el tédio, en que decía, *nada hago ni nada sé, porque soy una Señora*: desde nuestra independecia, la educacion y las costumbres van cambiando notablemente, y el bello secso, cuya dignidad é importancia se estima en lo que vale desde entónces, se ocupa de lo que es útil ó agradable; se dedica á las tareas domésticas; dirige el órden y ocupaciones de la familia con acierto; se entretiene con la música, con el bordado y con el cultivo de las flores; aprende algunos idiomas; se consagra á lecturas provechosas y amenas, y llena de delicias á la sociedad con su trato y su conversacion.

No molestarémos mas á nuestras amables lectoras. Si estas breves líneas no les causaren desagrado, repetirémos nuestros consejos en las publicaciones subsecuentes, y esperamos de su bondad las reciban como una muestra del sincero afecto que les profesamos.

J. J. P.